

Política y globalización

Carlos A. Zaldívar

Tengo entendido que Uds. siguen un curso destinado a fortalecer sus conocimientos teóricos y prácticos sobre política. Quizá hayan descubierto ya que la teoría política sólo puede plantearse los problemas que puede resolver, mientras que en la práctica política hay que resolver los problemas que la realidad plantea, se disponga o no de ayuda teórica para ello. De aquí nace un divorcio entre la academia y el gobierno. *Variaciones sobre un mundo en cambio* es un libro que trata de superar ese divorcio ofreciendo un tipo de reflexión teórica que puede resultar de utilidad para el hacer político.

¿Qué va a pasar en el mundo durante los próximos veinte o veinticinco años y qué hay que hacer?

Estas son las preguntas que se plantea *Variaciones...* si bien sólo termina ofreciendo la lector diversas variantes de *lo que puede pasar* y perspectivas alternativas sobre *lo que puede ser conveniente hacer*. En este libro no hago predicciones sino previsiones que es algo muy distinto.

Prever es preparar medios frente a contingencias futuras, es decir, frente a cosas que pueden suceder o no suceder. Predecir, por el contrario, es anunciar por revelación, ciencia infusa o conjetura que algo ha de ocurrir. Quien *prevé*, actúa aunque no sabe lo que va a pasar, mientras que quien *predice* se limita a pretender saberlo.

Cada vez tiene menos sentido diferenciar entre política exterior e interior de un país

Variaciones... se presenta como una obra de política exterior pero va mucho más allá de lo que académicamente suele entenderse por eso. Además de las relaciones entre gobiernos, de la construcción de la Unión Europea, del futuro de las Naciones Unidas o de la OTAN, también aborda las perspectivas del comercio exterior, de los movimientos de capitales, el problema del paro vinculado al futuro del Estado de Bienestar en los países europeos, las perspectivas y efectos de la moneda única, las innovaciones tecnológicas en materia de computación y transmisión de información, los nuevos sectores industriales dedicados a la protección y restauración medioambiental, el surgimiento de una de las grandes áreas de poder mundial en Asia y el engarce de las viejas tradiciones confucianas en la nueva economía mundial, la compatibilidad del islamismo con esa economía y su incompatibilidad con la igualdad de la mujer, el imparable ascenso de éstas en las sociedades occidentales y los cambios que ello, junto a una mayor cualificación de los jóvenes, al aumento de la inmigración, a la extensión del mercado y a otros procesos, están introduciendo en las democracias occidentales.

Variaciones... se asoma a un mundo en el que también está planteado el problema del desprestigio de la actividad política en esas democracias, la necesidad de cambios en las relaciones estado-sociedad y donde la pobreza, la polución y la proliferación son los nuevos jinetes del apocalipsis. Aborda el tema de los derechos preguntándose si tienen validez como estándar universal de relaciones entre gobernantes y gobernados y preocupado porque muchas veces en las relaciones internacionales se hace un uso interesado de ellos que no mejora la libertad y el bienestar de las personas y genera tensiones entre pueblos.

Un nuevo esquema interpretativo de la marcha del mundo

Variaciones es un libro que habla de muchas cosas porque la vida internacional es una realidad compleja en la que se manifiestan muchas cosas juntas, pero no es una variada colección de ensayos sobre temas importantes. Pretende mucho más.

Lo que me propuse al escribirlo fue situar esa diversidad de cuestiones en un esquema coherente que ponga de manifiesto las relaciones existentes entre unas y otras, es decir, en un esquema que pueda producir visiones comprensibles sobre la evolución del conjunto. De aquí que el libro arranque con una primera parte dedicada a buscar ayuda para este empeño en las ciencias sociales y naturales, lo que desemboca en un análisis del papel que el poder, las percepciones y el orden juegan en la vida internacional. La conclusión a que llega es que hay tres profundos procesos en curso que van a condicionar los próximos años la vida de las naciones y los acontecimientos a escala mundial.

Áreas económicas

Por un lado el poder se está desplazando desde la posesión de capacidad militar nuclear al control de recursos económicos, lo que va haciendo que los bloques militares cedan su posición como centros de poder a las áreas de integración económica. Hay tres grandes áreas de este tipo en formación, una en torno a los Estados Unidos, otra centrada en la Unión Europea y la tercera en Asia Oriental. En ningún caso su constitución está resultando un proceso simple e irreversible. Cada área está alentada por dinámicas complejas y esto hace que sus evoluciones puedan derivar en resultados y orientaciones muy distintos. De aquí que mirando al futuro haya que preguntarse: ¿van a consolidarse las áreas de concentración económica? Y si es así, ¿a dónde va a conducir la competencia entre ellas: hacia un mejor entendimiento y un comercio más libre, o hacia un mayor proteccionismo y una hostilidad creciente?

Fracturas políticas

En materia de percepciones, es decir, en cuanto a la manera en que los estados identifican a sus amigos y enemigos, así como sus oportunidades y amenazas, *Variaciones...* sostiene que hay una tendencia fuerte a que aparezcan zonas de fricción política en tierras y sobre temas donde son más acusadas las diferencias entre culturas o civilizaciones, por ejemplo entre las riberas del Mediterráneo o en las discusiones sobre derechos humanos. Y también allí donde hay estados que experimentan grandes cambios, es decir, en zonas que ven su geopolítica alterada, como ocurre en la zona que se encuentra entre una Alemania fortalecida y una Rusia debilitada, o en el entorno de China que emerge como nueva gran potencia. A este respecto la pregunta que hay que hacer al futuro es: ¿hacia dónde va a evolucionar la coexistencia en las zonas de fricción: hacia una mayor comprensión recíproca o hacia el enfrentamiento entre los vecinos distintos?

Procesos globales

Por último sostengo que el grado de orden o desorden en la vida internacional va a depender de que el elevado nivel de cooperación internacional que reclama la solución de muchos problemas económicos y políticos, encuentre o no satisfacción. Si la oferta de cooperación equilibra o supera la demanda existente, pienso, el mundo tenderá a integrarse reequilibrándose, pero en caso contrario el mundo corre un claro riesgo de fragmentarse y de excluir cada vez a más gente de unas pautas de vida que

merezcan el nombre de civilizadas. La pregunta es: ¿van a verse satisfechas o frustradas las crecientes necesidades de cooperación internacional?

Preguntas que el futuro responde con varias voces

En resumen, si sabemos en qué va a consistir el poder (sobre todo recursos económicos y conocimientos), podremos identificar a los principales protagonistas de la vida internacional; si sabemos como van a conformar éstos sus percepciones (cálculos geopolíticos e identidades culturales) podremos entender cuales serán sus ambiciones y sus temores; y si valoramos la disposición de las sociedades ricas y poderosas para cooperar entre si y para ayudar a las desposeídas, tendremos una idea del orden que cabe esperar que reine en el mundo. Este enfoque conduce a las tres preguntas citadas más arriba. Tres preguntas con las que se puede interrogar al futuro. A cada una de las cuales ofrezco varias respuestas. Esto es laborioso pero esencial. El futuro no está escrito y mientras es futuro tiene varias voces -de hecho infinitas voces, aunque esto no quiere decir que todo sea posible. El futuro es una mezcla de necesidad, azar y elección.

El mundo visto desde España

Nadie puede salir del mundo para mirarlo. Dicho de otra forma, el mundo hay que mirarlo desde alguno de sus sitios. Un aspecto fundamental de *Variaciones...* es que es un libro que mira al mundo desde España y que obtiene como reflejo de esa mirada indicaciones sobre lo que a España le conviene hacer en ese mundo.

Situarse en el centro del área económica europea

Así, el análisis de la formación de las grandes áreas de concentración económica y de las relaciones entre ellas, conduce a la conclusión de que Europa se debate en una disyuntiva entre *declinar* o *innovar* y que esto último requiere consolidar el mercado único e introducir la moneda única, no permitir que el problema del paro se enquisté y se combine con un aumento de los costos del Estado de Bienestar hasta llevar las finanzas públicas a una situación insostenible, recortar distancias tecnológicas con los Estados Unidos y con Japón, así como recomponer el prestigio de las instituciones democráticas. Partiendo de ello se llega a apreciar que España tiene que superar una serie de puntos débiles de su económica y de su situación social para poder situarse en el *centro* de una región económica europea integrada, si ésta se abre paso, y para estar en condiciones de desenvolverse autónomamente en el difícil panorama que se presentará si se descompone.

Cuidar las fracturas políticas que vive Europa

Más adelante se contemplan una serie de procesos políticos en curso que pueden marcar la evolución de Europa y la proyección sobre España del análisis de las complicaciones políticas que acechan al avance de la Unión Europea, se traduce en preguntas como las siguientes: ¿debe España poner énfasis o poner sordina a su europeísmo? España está relativamente alejada de la zona de fricción transeuropea que va desde el Báltico hasta los Balcanes, pero allí se manifiestan una serie de tensiones políticas que pueden tener repercusiones en toda Europa. ¿Hasta que punto debe España interesarse e intervenir en lo que allí, o en zonas más alejadas, ocurre? En caso de hacerlo, ¿no corre España un riesgo de dar la espalda al Mediterráneo y de no lograr que la Unión Europea mire más hacia el sur? El régimen que termine estableciéndose en Moscú y la política exterior que siga son datos centrales de la evolución europea, pero ¿hay algo que pueda hacer España respecto

a Rusia? ¿Y qué política debe seguir ante la incertidumbre que envuelve el futuro de las relaciones transatlánticas?

En un apartado titulado “1898 y 1998” digo que España debe cruzar la línea del año 1998 navegando en la dirección histórica contraria a la que siguió un siglo atrás en 1898. Y también incluyo análisis contemplando factores de política muy interior -falta de perseverancia en el seguimiento de los objetivos nacionales, picaresca y delincuencia en el mundo de los negocios, la criminal violencia de ETA y otros- que pueden dar lugar otra vez a un “nacionalismo español replegado” que pierda una oportunidad histórica.

Ya hacia el final del libro, el análisis de los procesos de globalización de la economía, de la política y de las comunicaciones, deja claro que en el mundo a que caminamos un país también se ve influido por procesos que se producen mucho más allá de su ámbito regional. Las mismas causas que empujan la diferenciación mundial en regiones económicas y que trazan sus fracturas políticas, generan relaciones, comunicaciones y dependencias entre esas demarcaciones; es decir, dan lugar a procesos que abarcan todo el globo. Lo que ocurre en un punto puede afectar a la totalidad y, viceversa, el grado de orden o de desorden con que discurren las relaciones mundiales, también condiciona las perspectivas de cualquier país.

Actuar en un mundo globalizado

Aplicado lo anterior a España, quiere decir que su evolución no va a verse marcada sólo por la capacidad que demuestre para acoplarse e influir sobre el desarrollo económico y político de la Unión Europea, también lo va a estar por la manera en que regiones económicas y culturales muy distantes de la Unión mantengan intercambios comerciales y financieros con ésta y entre ellas y por los resultados que se alcancen en la lucha contra la pobreza, en la preservación del medioambiente global, en evitar la proliferación nuclear o en establecer un compromiso de derechos y deberes humanos cuya aplicación vaya extendiéndose a todo el mundo. La suerte de esas gentes y la marcha de esas cosas también van a influir sobre España y, además, puede verse influida por lo que desde España se haga.

Hay en marcha una interesante discusión la globalización de la economía y me detendré en este tema.

La globalización de la economía

¿Hasta qué punto está globalizada la economía mundial? ¿Qué efectos está teniendo esa globalización? ¿Qué conviene hacer?

Si para tener una idea del grado de globalización de la economía consultamos los indicadores de comercio exterior y de movimiento internacional de capitales, las cifras revelan un par de cosas interesantes. La primera es que ambos indicadores han crecido fuertemente en los últimos tiempos, es decir, que la globalización aumenta. La segunda es que, de todas formas, en términos relativos a la producción mundial, el nivel actual de globalización no es mayor del que se alcanzó a finales del siglo XIX y a principios del XX. Antes de la Primera Guerra Mundial, la inversión extranjera directa se calcula que fue del orden del 9% de la producción mundial y en 1991 era del 8,5%. En cuanto al porcentaje del comercio exterior sobre el producto nacional, en Alemania, Francia y el Reino Unido, se encontraba en 1994 a niveles similares a los que tuvo en esos mismos países en 1913, en Japón era notablemente más bajo que en aquella época y en los Estados Unidos más alto.

Estas consideraciones no permiten decir si el grado de globalización es alto o bajo, pero apuntan algo más interesante. Indican que cuando en épocas anteriores el mundo alcanzó un nivel de globalización de la economía semejante al que hoy tiene, a continuación se abrió una etapa de avance del proteccionismo y de control de los movimientos de capitales. Esta etapa duró unos treinta y cinco años, hasta 1945, e incluyó dos guerras mundiales. A la vista de esto uno puede preguntarse si, también en nuestros días, al momento alto de globalización que vivimos le puede suceder un período de signo contrario -acompañado o no de guerras-.

Algunas reglas que ya no funcionan

Antes de contestar conviene mirar los efectos que a finales del siglo XX está teniendo la globalización de la economía. En este sentido cabe destacar dos cosas. La primera es que algo muy importante que venía ocurriendo en los países más desarrollados hoy se ve cuestionado con frecuencia. En los primeros decenios de la segunda mitad de este siglo en los países más ricos del mundo el crecimiento económico se vió acompañado de una reducción de las desigualdades como consecuencia de la creación de mejores empleos y de más oportunidades de progreso para los trabajadores. Sin embargo, de un tiempo a esta parte, hay motivos para dudar de que esa tendencia continúe operando. En los Estados Unidos las rentas de los trabajadores se mantienen estancadas desde los primeros años ochenta y aumenta la desigualdad y la pobreza. En la Unión Europea los salarios promedio han crecido un poco, pero ha crecido mucho más el número de parados.

No hay base firme para atribuir estos hechos al aumento del comercio exterior o al movimiento internacional de capitales. De hecho, en los países desarrollados cada vez hay más puestos de trabajo vinculados a las exportaciones y las empresas multinacionales continúan manteniendo la mayor parte del empleo en sus países de origen. Desigualdad y paro pueden deberse en parte a los cambios tecnológicos y, si es así, resultarán transitorios, pues el aumento de la productividad derivado de la utilización de nuevas tecnologías, terminará por traducirse también en aumento de la producción y del empleo, aunque sea de un empleo en actividades diferentes. Una y otra vez en la historia ha ocurrido esto y no hay razón para pensar que no termine ocurriendo también esta vez. Pero mientras ocurre van incubándose resistencias a la innovación tecnológica, actitudes proteccionistas y tendencias a limitar los movimientos de capitales.

Hay otra alteración de una pauta histórica que también suele asociarse con el aumento del grado de globalización de la economía. Esta segunda alteración no se manifiesta dentro de las naciones desarrolladas, sino en la relación de éstas con las que están en vías de desarrollo. En las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial las naciones industrializadas experimentaron un crecimiento más fuerte y sostenido que el de la mayoría de las no industrializadas, de tal forma que las distancias entre países ricos y pobres crecieron mucho. Eso mismo continua pasando hoy entre los más ricos y los más pobres, digamos, por ejemplo, entre los países comunitarios y los subsaharianos.

Pero en las dos últimas décadas un conjunto de países, en los que vive una gran parte de la humanidad, han experimentado un alto crecimiento sostenido que les ha permitido recortar mucho la distancia que les separa de los países desarrollados. Las diferencias crecientes y obscenas entre la quinta parte más rica y la quinta parte más pobre de la humanidad, ocultan a veces la buena noticia de que buena parte de los tres quintos restantes han progresado mucho. Esto significa que se ha producido una gran reducción de desigualdades a nivel mundial cuyos beneficiarios son, sobre todo, los pueblos de Asia Oriental, incluida China. Este fenómeno está más claramente

vinculado a la globalización ya que en todos los casos el avance de esas naciones ha conllevado una fuerte actividad exportadora.

Si se contemplan ambos fenómenos en conjunto, es fácil darse cuenta de que cuestionan algunos de los esquemas ideológicos más arraigados en la derecha y en la izquierda tradicionales. El crecimiento de las economías desarrolladas ya no parece dar lugar de manera casi espontánea a una reducción de las desigualdades dentro de los países más ricos -idea clave del liberalismo económico-, si no se hace nada, más bien parece ocurrir lo contrario. Sin embargo, el aumento del comercio mundial si parece estar reduciendo distancias económicas entre las naciones más ricas y un grupo de naciones hasta hace poco pobres donde vive una buena parte de la humanidad -lo que contradice la identificación del capitalismo con un imperialismo rapaz. Que estas cosas están pasando se puede constatar. Pero aunque haya hechos claros, su interpretación no lo está tanto y las ideas tradicionales se resisten a ceder terreno.

Si prevalecen las viejas ideas se repetirá la historia, es decir, se volverán a levantar barreras comerciales, a cortar los movimientos de capitales y un etcétera que como en el pasado, puede llegar a incluir guerras. Ante esta posibilidad hay que recordar que tras los treinta y cinco años de *desglobalización* que mediaron entre 1910 y 1945, el mundo empezó de nuevo a globalizarse lentamente. El consejo de la historia parece ser que si se quiere evitar un camino que, tras un peligroso desvío, conduce a volver a empezar, habrá que encontrar una manera distinta de abordar los problemas que la globalización suscita.

¿Cómo reaccionar?

Algunos se inclinan, no por dar marcha atrás, pero si por *no globalizar más*. Sostienen que la globalización no es un proceso inevitable, lo cual probablemente es cierto, pero eso no quiere decir que sea fácil de controlar. Tras la globalización de la economía están el desarrollo de las tecnologías de la información, la apertura de nuevos mercados donde los salarios son bajos y los consumidores se cuentan por cientos de millones, por la aparición de nuevos centros de poder en Asia y por otras cosas que escapan a cualquier control nacional. Pero además la globalización, aunque encierra peligros, tiene abundantes efectos beneficiosos. Ante todo significa mayor producción de riqueza y no obliga a que esta riqueza se distribuya de manera desigual. La desigualdad no tiene que aumentar necesariamente cuando un país avanzado innova su industria y se abre al comercio internacional. España hizo ambas cosas a gran escala durante los ochenta y al tiempo desarrolló el Estado de Bienestar y redujo (lentamente) las desigualdades sociales y territoriales.

De aquí que lo más sensato no sea tratar de evitar la globalización, sino dedicarse a aprovechar sus efectos positivos y a neutralizar los negativos. Considerada esta perspectiva desde el punto de vista de los países avanzados, el problema consiste en utilizar parte de los beneficios que obtienen las actividades económicas y los sectores sociales favorecidos por la globalización, para ayudar a aquellos otros sectores sociales que se ven perjudicados por ella y capacitarles para que eso deje de ocurrir. Si la opción por el progreso económico cuenta con ventaja racional y moral sobre otras, es porque hace posible usar las mejoras globales para compensar a los sectores perjudicados y lograr así, no sólo que el conjunto mejore, sino además que ninguna parte empeore. Esta es una posibilidad que no se hace realidad espontáneamente, ni mucho menos, sino a la que hay que abrir camino con medidas no fáciles de concebir, ni de aplicar y que, a tenor de lo que sabemos con cierta garantía, se sitúan en el terreno de la educación, de la formación profesional y del apoyo a los ciudadanos con rentas más bajas.

En conclusión, ante la globalización las sociedades avanzadas deben reaccionar fortaleciendo su cohesión social. Deben actuar para evitar que la globalización las fracture internamente porque eso terminaría también enfrentándolas entre si y con los países menos desarrollados.